



en el que tantas tardes Ciriaquito iba a esconderse huyendo, entre las risas ahogadas de las niñas — que, se burlaba con su habitual tono cansino Ofelia, más que como risas sonaban como cloqueos de gallina si no daba la casualidad¹ de que quien relatará los hechos acaecidos fuese “una de las de Carlota”, tan brillantes siempre y con aquella soltura de que sabía dotarlas — y de algún otro

ya más que adolescente de aquellos de los que la madre de don Arnaldo¹ decía que nunca madurarían, del enfado de Matilde encajando, tan de malísimo grado², las bromas pesadas que no se cansaba él de gastarle a costa de la irritación que a ella le producía aquel lujo falso con que Dorotea se esforzaba en “dar prestancia” al almacén hacía ya años vacío de lo que fuera en otro tiempo³ la tienda de ultramarinos del abuelo de las de Maluenda pero conservaba aquella mezcla densa de olores evocando colas de bacalao y pastillas de jabón Lagarto y longaniza que ella, Dorotea, no lograba enmascarar con ambientadores con aroma de lavanda ni con varillas de incienso.

— ¿No podemos — preguntaba paseando arriba y abajo su malhumor deslavazado, dándose aire con el abanico de plumas de marabú estas sí auténticas de aquella tía de las de Vivar de la que nadie hablaba por haber llevado una vida un tanto « vamos a dejarlo en “licenciosa”» —, aunque nada más sea para esta tarde, disponer de un verdadero salón de los espejos?

¹ Que aquel verano se dio por cierto — o a juzgar por las no más de tres o cuatro muescas que contabilizó doña Verónica cuando pertrechada de sus gafas y del lapicero rojo para las correcciones se sentó a su mesa y, sí, allí estaban, recién hechas con la navajilla que Graciano utilizaba para sacar punta al lapicero — en contadas ocasiones.

² Y no porque “las de Adoración” fuesen especialmente torponas, sino porque Adoración nunca supo imbuirlas de un saber hacer más flexible, menos severo y tan inconfundiblemente rígido y forzado.

³ Y según una tradición bastante discutible que se obviaba sistemáticamente el discutir porque, de cualquier modo, se argumentaba con aceptable sensatez, la situación “no va a ser esencialmente distinta aunque cambiemos un grado de parentesco y una profesión que ya todo el mundo identifica con la genealogía y la memoria de las de Robles de toda la vida” y, por tanto, se concluía, para qué andarse haciendo experimentos.

– De espejos, princesa del guisante — respondía con acritud Dorotea, que había tenido que renunciar por culpa de los preparativos a su clase de taquigrafía — no hemos hablado nada.

Y que no pretendiera liarla ni soñase con complicarle la vida.

En el índice alfabético puede verse un índice de participantes remitido por él en el que se aprecian varias similitudes con el índice (de participantes) del propio índice alfabético; hecho, por cierto, que puede resultar bastante desconcertante en ocasiones y, otras veces, de utilidad habida cuenta de que amplía información acerca de quién fue el o la autora de tal o cual archivo de los que se encontraron en el baulito, o en el costurero, o en cualquiera de las cajas, consignados bajo la referencia de una bobina, o un bolígrafo, o un pasador de pelo o cualquier otro objeto.